

LA CIENCIA NO ES LUGAR PARA VENGANZAS: UNA IMPAGABLE LECCIÓN DE RIGOR Y GENEROSIDAD DE JUAN LINZ

RAFAEL MARTÍNEZ(1)

Del profesor Juan J. Linz oí hablar por primera vez, recién iniciados mis estudios universitarios, al granadino Manuel Ramírez —que luego sería el director de mi tesis— cuando nos contaba, a tres becarios de la cátedra del hoy desaparecido Derecho Político en la Universidad de Zaragoza, sus calurosos veranos neoyorkinos investigando en la Universidad de Columbia y viviendo en casa de los Linz, que éstos le prestaron un par de veranos. Conocí personalmente a Linz en 1987, siendo yo estudiante de último curso, en un seminario de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en su sede de Cuenca. Y allí, con gran disgusto para mí, le oí calificar al régimen franquista, a partir de los cincuenta, como un régimen *autoritario*. Entonces me molestó lo que yo, desde una ignorancia extrema, juzgué de pragmatismo y de una cierta condescendencia para con el franquismo. Nada más lejos de la realidad en el profundo demócrata y amante de España que Linz ha sido. Solo el paso del tiempo y las lecturas —me lo topé indefectiblemente al trabajar para mi ejercicio de titularidad sobre los sistemas de gobiernos presidenciales— me hicieron comprender que los juicios no son ciencia; algo que luego él me repetiría.

Fue dos décadas después cuando, por mediación de José Ramón Montero —quien me rogó ejercer de *camello* y llevarle Ducados—, traté con

(1) Catedrático de Ciencia Política en la Universidad de Barcelona. Una versión anterior ha aparecido el 8 de septiembre de 2013 en el blog de la *Revista Catalana de Dret Public*, <http://blocs.gencat.cat/blocs/AppPHP/eapc-rcdp/2013/10/08/juan-j-linz-in-memoriara-rafamartinez/>. Quiero agradecer especialmente los comentarios de Houchang E. Chehabi, Josep Maria Castellà, Jaume Magre y Enriqueta Expósito.

Linz y disfruté de su hospitalidad y, por boca de Rocío, constaté que su casa ha sido siempre un lugar abierto a investigadores estando ellos y sin estar. (Incluso recuerdo la anécdota que ellos me contaron de una especialista en arte que no tuvo necesidad de acudir a la biblioteca de la Universidad de Yale a buscar obras dada la impresionante colección de libros de arte que los Linz atesoraban en su casa de Hamden.) Hacía escasas ocho semanas que un terrible atentado había derribado las *Twin Towers* y tomando un café en casa de los Linz me explicaron las principales claves con las que entender a una sociedad, la estadounidense, que parecía desnortada, y yo, más perdido y sobrepasado todavía, les conté el proyecto de investigación sobre los militares españoles que tenía entre manos con un equipo mixto (civil-militar) de politólogos de la Universidad de Barcelona y oficiales de los tres ejércitos. Habíamos hecho una encuesta de unas trescientas preguntas a todos los alumnos, unos 2.500 casos, de los 32 centros de formación militar de oficiales y suboficiales de los tres ejércitos que había en España, indagando sobre su perfil socio-demográfico, político y profesional. Era un buen proyecto, bien planteado y ejecutado. Había sido un milagro que todavía no entendíamos cómo se produjo; pero empezaban a surgir agentes ajenos al proyecto que pretendían que el estudio no viese la luz. Éramos un equipo muy joven —todos por debajo de 35 años— y empezábamos a estar un tanto sobrepasados por las crecientes dificultades a las que nos enfrentábamos, ajenas a la investigación, pero que podían hundirla para siempre. Linz me escuchó, me pidió rigor científico y se implicó de lleno en la explotación de los datos sin querer el más mínimo protagonismo, algo que para nosotros hubiera sido un lujo. Para él era crucial decir de los militares lo que los datos ofreciesen, sin dejarse nada; pero sin hacer daño, sin utilizar la ciencia para pasar facturas históricas que no aportarían nada. Al revés, desmerecerían nuestro esfuerzo. Colaboró con nosotros cuanto pudo y muchísimo más de lo que nunca hubiésemos imaginado a cambio de nada. Se vino a Barcelona --cuando ya, por razones de salud, casi ni viajaba— a hacer con nosotros una primera lectura de los resultados. Sus comentarios eran tan brillantes como oportunos. ¡Cuánto aprendimos de cómo leer unos datos! Nos ofreció incontables caminos por los que crecer en el estudio de la base de datos que habíamos elaborado.

Sin embargo, como me temía, los problemas estallaron. Un miembro militar del equipo hizo cundir el pánico dentro del ejército de Tierra. A su parecer, los datos no les dejaban en buen lugar y nuestro sesgo interpretativo, menos todavía. Pidió el secuestro de la matriz de datos y que se me declarase *non grato*; lo segundo se hizo y lo primero se intentó. La tensión era máxima. Los otros miembros militares del equipo se retiraron por prudencia, por presiones o sin explicación. El diario *El País* publicó en primera página una

información sobre nuestro estudio advirtiéndolo de las dificultades que para los militares españoles suponía aceptar el Estado de las autonomías. Todas las puertas, antes abiertas, comenzaron a cerrársenos. La colaboración se convirtió en presión, y las invitaciones a abandonar el estudio, permanentes. Las posibilidades de publicación se esfumaban. En esa difícil coyuntura volví a llamar a Linz para pedirle consejo. Habló directamente con el ministro de Defensa, y él fue la garantía de que se estaba haciendo investigación científica, y no un libelo. Además, consiguió financiación para que dos investigadores del equipo fuésemos a su casa a trabajar con él. Jaume Magre y yo estuvimos trabajando con Linz en su casa durante 15 extenuantes días; no recuerdo haber trabajado nunca tanto en tan poco tiempo. Suerte que Rocío nos obligaba a desconectar para comer y cenar. Analizamos los cruces de todo por todo (nos recordó los tiempos en los que un cruce se pensaba más, por la hora de trabajo de introducir fichas que requería). Esbozamos, capítulo a capítulo, el esquema de contenidos de lo que luego sería el libro (2). También dispusimos de su extraordinaria colección de obras sobre relaciones civiles-militares, que luego regaló a la Universidad de Barcelona. Le ofrecimos, porque nos parecía justo, además de un lujo, que firmase con nosotros y nunca quiso. «Yo sólo os ayudo, la investigación es vuestra». Nos guió, nos alumbró y nos ayudó sin hacer ruido, casi pidiendo disculpas. No soy discípulo suyo. ¡Ya me hubiera gustado! Soy uno más de los muchos que pueden narrar ejemplos similares. El trabajo fue premiado posteriormente por el Ministerio de Defensa y por la Asociación Española de Ciencia Política. Pero mi mayor deuda es lo mucho que aprendí como politólogo y lo que llegué a disfrutar con las conversaciones con él y con Rocío.

Juan se nos mostró como un hombre extremadamente culto, pero sin un ápice de pedantería. Ni era politólogo, ni sociólogo, ni historiador, ni, ni... Cualquiera de esas etiquetas se le quedaba estrecha. Cultivaba las Ciencias Sociales y las humanidades en su más amplio sentido. Si parece asumido por todos que son cuatro los métodos de comprobación de hipótesis (experimento, estadística, comparación e historia), resulta obvio que el profesor Linz manejaba con destreza los tres últimos sin ser un obseso de ninguno. Así, toda su obra está, y por eso es científica, sometida al rigor del dato. Era muy capaz de encontrar precedentes en el siglo XIV a un fenómeno actual. En cambio, no sabía sujetar su obra intelectual a las fronteras de las disciplinas, como tampoco era capaz de someterse a la exigencia de los márgenes espaciales de un artículo de revista (prácticamente no tiene). ¡Cuántos de los actuales gurús de

(2) Rafael MARTÍNEZ, *Los mandos de las Fuerzas Armadas españolas del siglo XXI* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2007).

los índices de excelencia quedarían atónitos al contemplar esta *imperdonable* ausencia en su producción! Todos los que le hemos leído, llegamos a amar/ odiar sus inagotables *excursus*, casi siempre centrados en su querida España. De hecho, me insistió en que la capacidad de hacer comparación nace del previo y profundo conocimiento de tu país. Y él lo cumplía con creces.

Pero si trabajar con Linz ha sido un lujo, conversar con él ha sido inenarrable. Disfruté oyéndole hablar de que para dirigir una tesis doctoral no hacía falta ni ser un especialista, ni tener afinidad ideológica, y con una sonrisa en la boca aludir al libro que dio lugar a la dedicatoria «Al Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur y a Juan Linz». Me sedujo hablándome con tristeza de un Jesús de Galíndez fuera de sí obsesionado con que iba a morir a manos del dictador Rafael Trujillo, como luego ocurrió. Me impactó refiriéndose con naturalidad a su maestro Seymour Martin Lipset —aunque seguro que, de haber podido elegir, hubiese elegido a Max Weber—, a su compañero Robert Dahl o a sus discípulos Harry Eckstein, Arturo Valenzuela, Michael Coppedge, Charles Gillespie... Me conmovió al decirme que cuando diésemos una conferencia en el Tercer Mundo teníamos la obligación moral de gastarnos allí lo que nos hubiesen pagado. Me habló con dolor de los nacionalismos, al tiempo que me insistió en la condición federal de España y me habló de las bondades del pluralismo federal. Y me enterneció cuando me habló de una juventud con estrecheces económicas y me contó su paso por la Universidad de Madrid, por el Instituto de Estudios Políticos, que entonces dirigía Francisco Javier Conde, y su contacto con los militares —que luego le pagarían su traje de graduación en Columbia— cuando realizó su servicio militar en la Escuela Superior del Ejército mientras traducía del alemán o del inglés manuales de aeronáutica y libros de instrucciones de aviones y helicópteros.

Cuando uno lee la relación de lista galardonados con el Premio Príncipe de Asturias, allí está Linz (1987), al igual que entre los premiados con el Karl Deutsch Award (2003); pero sobre todo impresiona leer la lista de galardonados con el premio Johan Skytte, concedido por la Universidad de Upsala y considerado como el *nobel* de Ciencia Política; lo obtuvo en 1996. Entre lo mejor de lo mejor y muchos todavía negándose. En cambio, él no sabía ser enemigo de nadie. Y los hubo que se empeñaban con terquedad en serlo; pero jamás lograron la reciprocidad. Cuando accedí a la condición de catedrático uno de los miembros del tribunal, que rezumaba odio hacia Juan en todos sus poros, mientras valoraba en el acto público mi ejercicio reconoció que buscaba a Linz por mi trabajo y no lo encontraba. Yo lo había citado en los agradecimientos, algo que al parecer no soportaba. Me prometió el voto, una promesa que cumplió, pero pretendió la mía de no citar nunca a Linz. Nunca la he cumplido, y jamás la cumpliré.

Ojalá, Juan, que los simpáticos *mifenses* de tu querida Rocío estén contigo allá donde te encuentres. Hubo una noche, en el porche trasero de tu casa, en la que, hablando contigo y con Rocío y contemplando el agua, Jaume Magre y yo creímos verlos; pero eran luciérnagas. Desde la admiración y el respeto, hasta siempre.